

A color photograph of a man and a woman. The man, on the left, has dark hair and is wearing a dark suit with a light blue shirt and a dark tie. He is looking upwards and to the right with a slight smile. The woman, on the right, has dark hair and is looking upwards and to the right with a similar expression. The background is a soft-focus green, suggesting foliage. The title 'soñadora' is written in a large, white, cursive font across the top of the image.

soñadora

No. 89

FOTONOVELA
COMPLETA

**LO QUE NO
ME DIJISTE**

con
**Raúl Ferrer
Helena Rojo**





Rápidamente, el joven abogado trató de ayudarla, lo imprevisto del momento lo había desconcertado.

¡Señorita!...
¡Señorita!
¿Qué le sucede?



Mientras luchaba por reanimarla, Felipe advirtió las facciones finas y hermosas de la muchacha, la palidez del rostro le daban una belleza especial.

... ¡Qué bonita es!



¿Qué me... pasó? ¿Quién es usted?

Se desmayó repentinamente, señorita. Vino a pedir trabajo, ¿Recuerda?



No me di cuenta. Le suplico me perdone, señor.



Siéntese un momento, no es conveniente que se vaya ahora. Le daré algo para que se reponga.

Gracias, licenciado.





No quisiera ser indiscreto, pero me parece que perdió el sentido por debilidad.



Tengo la impresión de que no ha comido bien. ¿Me equivoco?

Intempestivamente, Carla prorrumpió en un llanto angustiado, como si algo dentro de ella se hubiese roto para dejar escapar todo lo que la atormentaba.



No fue mi intención lastimarla, señorita.

Usted no tiene la culpa, sin embargo no lo pude evitar, licenciado.



Sé que tiene problemas y me gustaría poder ayudarla. Tal vez podamos llegar a un acuerdo en su trabajo.

Se lo agradezco, pero no lo quiero por compasión.



No lo tome así, por favor. Sólo deseo que hagamos una prueba. ¿Le parece bien?

Siempre y cuando me diga si le conviene o no, licenciado.

Si no me es útil se lo digo con franqueza, señorita. Créame.

¿Tiene usted papel y lápiz?



Le propongo una cosa: Acostumbro comer en un restaurante cercano, ¿Qué tal si la invito y luego regresamos a hacer la prueba?

?



Las palabras de Felipe eran sinceras, y además tenía la muchacha urgente necesidad de alimentarse.

Si... usted quiere.



Eso está mejor. Ya verá como después será fácil cualquier examen.

Gracias, licenciado.



Más tarde...

Bien, ahora que ya nos conocemos, ¿Me permitirá llamarla Carla?

Como usted guste, licenciado.





De todas formas el corazón me dice que será una magnífica secretaria. Así que si gusta, mañana mismo puede empezar.

¿Sin saber si sirvo? ¿Sin conocerme?



Me jacto de ser un buen sicólogo, usted me conviene, Carla.

Se lo agradezco mucho, Felipe. Voy a esforzarme para no defraudarlo.



Presiento que nos llevaremos muy bien, y que su ayuda me será muy utilísima.

Le confieso que sus palabras me llenan de esperanza. ¡Necesito tanto trabajar!



Aparte de la satisfacción que le daba resolverle su problema, Felipe sintió una especial atracción por la muchacha. Era algo inexplicable, una súbita necesidad de tenerla junto a él.

Bien, pues ahora a descansar y la espero temprano.



Al despedirse, sus miradas parecían dialogar palabras extrañas, perturbadoras. Mientras las manos permanecían unidas sin deseo de separarse.

Hasta... mañana.

Hasta luego... Carla.





Al otro día...

Buenos días.

¡Carla! Pero si aún no dan las nueve.



Es que no pude dormir pensando en... el trabajo.

A mí me sucedió lo mismo, nada más que pensando en usted.



Carla sintió que la sangre enrojeció su rostro, y trató de disimular el efecto de las palabras de Felipe.

¿Puede indicarme por dónde empiezo?



Estas son las llaves del escritorio, traiga por favor, block y lápiz, le dictaré unas cartas.

Sí, enseguida.



... atentamente, abogado Felipe Ríos, fecha de mañana y entrega inmediata.

Muy bien.

En algunos pequeños intervalos, Carla sintió la mirada de Felipe en lo más hondo de su ser. Un temblor ligero denunciaba la turbación que le causaba, sin poder evitarlo.



Este... ¿En qué nos quedamos, Carla?

Permítame... Y por lo tanto, en un plazo de tres días a partir de la fecha...



Un estremecimiento involuntario la hizo vibrar, al sentir el contacto de la mano de Felipe. El lo observó, y también sintió una sensación inquietante, agradable.



Ah, sí. Mmmm... Se le notifica que deberá presentarse en esta oficina para llegar a un arreglo satisfactorio.



Estas situaciones se repitieron durante varios días, y aunque evitaban demostrar sus sentimientos, lo cierto era que la llama del amor había prendido incontenible en sus corazones.





Carla sintió que el aliento le faltó y haciendo un esfuerzo preguntó titubeante...

¿Qué datos?



Si no los tienes aquí podemos pedirlos a donde sea. Yo quiero ayudarte, pero tienes que cooperar también.

No puedo.



Acta de registro civil, de nacimiento, nombre de tus padres, etc... etc.

No los tengo, Felipe.

Creo que los papeles no importan, lo que tratas es de remover mi pasado, de herirme.

¡No! Te lo juro que no. Es un requisito indispensable solamente.



Además... Tú mejor que nadie sabes que lo único que me importa es...

¿Qué, Felipe?



¡Tu cariño, Carla! ¡Tu cariño! No es este el momento para decírtelo, pero ya no puedo callarlo. Estoy enamorado de ti, te adoro con toda mi alma, ¿Lo comprendes ahora?



Sí, porque también yo te adoro, Felipe.

¿Es cierto lo que dices, mi vida?



¡Sí! ¡Sí lo es! Pero nunca seremos felices. ¡Nunca!

Explícame, por favor, o me volveré loco. ¿Qué lo impide?



Mi pasado, ese pasado que tanto te intriga y que ya no puedo ocultarte.

Por grave que sea, mi amor lo superará.



Escucha: Hace un año era yo una mujer feliz, vivía con mis padres en un pueblo cercano a Guadalajara. La gente me respetaba y apreciaba.

?



Un día, llegó un hombre elegante, atractivo, fino de modales y aparentemente con dinero, lo que llamamos las mujeres un buen partido. En poco tiempo supo conquistarme, creí estar enamorada y nos casamos por lo civil en contra de la voluntad de mis padres.



Me llevó a Guadalajara y a los quince días me abandonó. Se emborrachaba y me pegaba. ¡Sufrí lo indecible!



Las manos crispadas y los ojos centelleantes por la ira, eran un reflejo de lo que la muchacha sentía en su interior.

Regresé a mi pueblo, sólo para ser escarnecida como la peor de las mujeres.



Mis padres me echaron en cara mi fracaso, la gente me insultó, se burló, hasta que desesperada ¡Huí! ¡Quise olvidarme de todos! No saber jamás de nadie.



El resto... ya lo conoces. Mi nombre verdadero es, Carlota Martínez y te he mentado, pero creo que ahora ya no te importa.

Contéstame algo, Carla.



¿El amor que dices tenerme, es mentira también?

No, Felipe, cualquiera que sean las consecuencias, mi cariño es sincero... desgraciadamente.



Carla lo miró incrédula, las palabras de Felipe eran como un canto maravilloso en su corazón.

Entonces... ¿No te avergüenzas de mí?

Al contrario, tontita, estoy orgulloso y admiro tu valor para enfrentarte a la gente.



¿Por qué, Linda? ¿Por qué? Nada me importa el pasado, eres tú la que me interesa, eres tú la única verdad de mi vida. ¡Yo haré que olvides todo lo que te hiere!



¡Son las más bellas palabras que he escuchado, amor mío!

Y pienso decirte las toda la vida, linda.



Ella ofreció su boca sin reservas, mientras una sutil felicidad se posesionó de su alma.





Nuevamente sus labios se buscaron ávidos de cariño, deseaban apagar esa sed de amar que los consumía.



Felipe... ¿Y cómo piensas arreglar lo de mis papeles?

Muy sencillo, ¡Nos casaremos en unos días, y serás la señora de Ríos!



Además recuerda que soy abogado y si es necesario te bautizo y te registro de nuevo.

Haré lo que tú mandes mi amor.



Durante casi un mes, vivieron todo el esplendor de sus sueños. El trabajo se había convertido en un medio encantador para sus almas enamoradas.



Los momentos que Felipe no tenía ocupados, los aprovechaban para divertirse al máximo, en el teatro, en el cine, bailando, o simplemente disfrutando de su mutua compañía.



Hasta que una mañana...

Voy a una diligencia en el juzgado menor, linda. Regresaré dentro de un par de horas para irnos a comer.



Si, amor mío, te espero.

Carla lo siguió con la mirada hasta la puerta, la sola presencia de Felipe le proporcionaba una sensación de dicha infinita, única.



Una hora después, un sujeto tambaleante y de mirada imprecisa, entró al despacho como si se tratara del suyo propio.

¿Está Felipe?



Al verlo, la muchacha sintió que las piernas le flaquearon, sus ojos mostraron sorpresa y odio al mismo tiempo. ¡Ahí! frente a ella estaba el hombre que la había burlado.

¡Ra... Ú!



El hombre la miró desconcertado por unos instantes, pero poco a poco la expresión de su rostro se convirtió en una sonrisa maligna, hiriente.

¡Vaya! ¡Vaya! ¿Con-que eres tú?

Carla reaccionó con ira, decidida a todo.

¿Qué buscas aquí? ¡Lárgate inmediatamente!

Cálmate, muñeca. Tú ya no me interesas, busco a Felipe.

¡Estás borracho!

¿Y qué? Yo puedo hacer lo que se me pegue la gana, no vas a ser tú quien me lo impida. ¡Basura!

Tambaleándose, el sujeto se encaminó hacia la puerta de la oficina de Felipe, ante la desesperación de Carla.

¡No puedes entrar ahí! ¡Vete o llamo a la policía!

¡Quítate, imbecil!

¡Ay, me lastimas, salvaje!

¿Qué es lo que quieres? ¡Habla!

Contigo nada, mujerzuela! Ya te dije que busco a tu patrón, ¿O... es tu amante?



Carla sintió que una oleada de sangre le nubló la vista, los insultos del ebrio eran como puñaladas en su cerebro.

¡Eres un canalla! ¿No te basta el daño que me hiciste ya?



¿Daño? Te hice un favor, gracias a mi conociste un poco de civilización. Yo te saqué de la ignorancia en que vivías, debieras agradecerme.



¡Sólo un borracho degenerado como tú, es capaz de hablar así! ¡Te odio con todas las fuerzas de mi alma!

¡Ja... Ja... Ja...!
¡Eres una gran cómica!



A punto de caer, Carla se sostuvo en el escritorio, un estallido violento pareció acabar con su voluntad, los objetos giraron vertiginosos ante sus ojos.



¡Eres pésima como actriz, Carlota, no convences a nadie!

¡Infeliz!



Todo sucedió en un instante, Carla cegada por la ira, descargó sobre la cabeza del hombre un golpe seco, brutal.



Petrificada, con la mente vacía y los ojos abiertos desmesuradamente, contemplaba en silencio el cuerpo de Raúl.



En ese momento, Felipe llegó al despacho, acompañado de otra persona.

Pase, por favor, licenciado.

Gracias.



Cuando contempló la dramática escena, se arrojó al suelo violentamente, en un intento desesperado de ayudar al sujeto.

¡Raúl! ¡Hermano! ¿Qué sucedió?



Fe... Felipe... me estoy... muriendo...

¿Cómo fue? ¡Habla, por Dios!



Ella, ella... asesina...

¿Carla? ...No, debes estar delirando, llamaré una ambulancia.



¡No hay tiempo!... Carlota... me pegó... ¡Me muero... Feli...pe! Asesina... asesina...

¡RAUL! ¡RAUL!



Felipe no escuchó los gritos angustiados de su hermano, había muerto acusando a Carla con el último aliento de vida.





Amor mío... dime que no es cierto, tú no puedes ser culpable. ¡Di que el mintió! ¡Dilo!

El...yo...yo.



¡Contesta!

Ella no escucha, Felipe, sufre un choque nervioso.



La llevaré detenida, y notificaré a la policía.

¡No se la lleve! Ella no fue, licenciado. ¡Carla no fue!



Lo siento, pero escuché la acusación del moribundo, Felipe. Mi deber como autoridad me obliga a actuar.

¡No hay pruebas, licenciado!



Le ruego que se calme. La confesión de su hermano, es suficiente prueba.

Carla permanecía inmóvil, postrada por la impresión no comprendía lo que pasaba.



Minutos después, el cuerpo de Raúl era trasladado hacia la delegación.



Mientras tanto, Carla era llevada a prisión. Se dejaba conducir como una autómatas, sin oponer resistencia alguna.



Felipe padecía el peor de los infiernos, la muerte de su hermano y el saber que la mujer que amaba era su victimaria, lo habían destrozado moralmente.



Al pasar el tiempo, su resistencia se iba menguando. No comía, las noches eran torturantes y largas, su lucha entre el amor y el dolor era espantosa.



Hasta que...

¿Licenciado?... Habla Felipe Ríos... Si... deseo pedirle un favor, es relacionado con Carla.

¿En qué puedo servirle, abogado?



¿Cómo está ella?

Pues, le seré franco, temo que se encuentre en situación difícil, no dice una palabra, parece estar fuera de la realidad



¿No se defiende?

Para nada, se encuentra muy enferma y la tenemos bajo tratamiento médico. Incluso se detuvieron las averiguaciones.



Triste y sumamente abatido, Felipe agradeció los informes del amigo. ¿Debería verla? ¿Cuál era su deber? Estas interrogantes le quemaban el alma.



Minutos más tarde, su decisión estaba tomada: ¡La defendería! ¡Su amor era más fuerte que su propio dolor!



¡Buenas, licenciado Ríos! ¿Ya se le quitó la cruda a su hermano?



¿Qué dices, idiota?

No se enoje le pregunté porque el otro día estuvo tomando harto y se puso re mal.



Un presentimiento le hizo interrogar al muchacho ansiosamente.

¿Cuándo?
¿Qué hizo?
¿Qué dijo?

Hace como quince días, por cierto que habló un chorro de cosas raras que casi ni le entendí.





Con marcada ansiedad, abrió la carta y empezó a leer ávidamente, deseando encontrar algo que le diera luz a su tormento.



¡Eso es lo que necesitaba! Dios te puso en mi camino, muchacho. Mereces una recompensa.



Toma, cómprate lo que gustes.

Gracias, jefe.



Precipitadamente abordó su auto y se dirigió a la cárcel preventiva. ¡La salvación de Carla estaba en sus manos!



¡Licenciado! ¡Carla es inocente! Tengo pruebas!



El abogado leyó detenidamente la carta, y después, con gesto preocupado replicó.

Temo que esto no es atenuante, una prueba, no desvirtúa el hecho que la acusada lo golpeó y eso le causó la muerte.

?

¡Puedo pedir que exhumen el cadáver y le practiquen la autopsia!

Usted pidió que la dispensaran.

¡No importa! Quiero saber la causa verdadera de su muerte.

¡Mmmm!... Bueno, podemos probar.

Rápidamente se corrieron todos los trámites, y dos días después...

Ordené que me pasaran el informe por teléfono, en cuanto lo tuvieran.

Sí, gracias.

El timbre del teléfono hizo saltar de su asiento al muchacho, era difícil disimular su angustia.

Permítame.

¿Sí?... Dígame... ¡Aja!... Muy bien... ¿Seguro?... Bueno, gracias. Me lo manda inmediatamente a mi oficina.

Tenía usted razón, Felipe. La autopsia reveló que su hermano falleció por envenenamiento visceral, no por el golpe.

¡Lo sabía!

Cuando Carla vio al ser amado, y escuchó su voz; pareció efectuarse un milagro maravilloso, todas sus facultades se recobraron como por encanto.

¡Eres libre, amor mío!
¡Eres inocente!



Gracias, Dios mío
Gracias.



Unas horas
más tarde...

¿No estás contenta, linda?
Te noto triste.

Felipe... es necesario
que sepas por que su-
cedió... aquello.



No te entiendo.

Raúl... fue el
hombre que se
burló de mí.



¿Entonces... él?

Sí, el día que fue al despacho me
ofendió profundamente, me hirió
y me humilló, por eso me cegué
y lo agredí.



No quisiera recordarlo, pero deseo saber todo, Carla.

La historia es la que te conté, sólo que nunca te mencioné su nombre, ni jamás imaginé que fuera tu hermano.



Lo sé, amor mío. Me duele porque él ha muerto. Sin embargo, ése tenía que ser su fin, lo presentía. Siempre llevó una vida disipada y fue un irresponsable.



Cuando mis padres murieron, me suplicaron que lo protegiera y así lo hice; pero, él nunca respondió. Por el contrario creo que me odiaba, me tenía envidia.

Aún en la última carta que dejó, me decía que se mataría en mi propio despacho para que nunca lo olvidara.

Perdóname, Felipe.



¿De qué, amor mío? Carlota y mi hermano pertenecen a un pasado que debemos borrar para siempre.

Sí, Felipe, sí.



Hoy, sólo tenemos un presente y un futuro: Nuestro amor y los hijos que vendrán.

¡Mi vida!



Y si bien el Destino había juguetado con sus vidas, ahora les entregaba una felicidad maravillosa, única. ¡La recompensa al sufrimiento padecido!



fin